

*Eugenio Cambaceres*

EN LA  
SANGRE

*edición de  
María Eugenia Mudrovic*

© - STOCKCERO - ©

## INTRODUCCIÓN

### LA DÉCADA DEL 80

Hacia 1860, la segunda revolución industrial transformó la fisonomía económica de América Latina y, bajo la nueva división internacional del trabajo, Argentina ingresó al mercado europeo como país agroexportador. El dato no es banal si se tiene en cuenta que pocos años antes importaba cereales o que la primera exportación de trigo se realizó recién en 1876. Semejante viraje económico no sólo habla del destino de la región como fuente productora de materia prima sino también del proceso de reconciliación que se negoció en la esfera pública después de la caída de Rosas y que fue sin duda condición de posibilidad para la serie de transformaciones internas que cambiaron el perfil de la economía argentina. Tres cambios, en particular, fueron decisivos: la incorporación de 15,000 leguas de tierra fértil que arrojó como resultado la “exitosa” conquista al “desierto” (1879), la expansión de redes ferroviarias (de 1,331 km en 1874 se pasó a 13.682 en 1892), y el cambio de tecnologías agropecuarias que prescindió cada vez más de la existencia de saladeros pre-modernos para depender cada vez más de los modernos frigoríficos.

Después de la federalización de la ciudad de Buenos Aires —medida que despejó el camino final a la reorganización nacional— Julio A. Roca consolidó su poder gracias al apoyo que recibió de la “Liga de Gobernadores.” Constituída en torno a la tradicional oligarquía patriarcal y al reciente pero numeroso grupo de reconciliados políticos que se acercaron al gobierno después de Pavón, la “Liga” fue esencial en la gestación de un sentimiento más o menos homogéneo (e inédito) de clase política nacional (“la *coalición* se reafirma—escribe Ludmer—sobre la superación de las diferencias políticas anteriores” [45]). Sellada así la estabilidad con este pacto

político, económico y social, el primer gobierno de Roca (1880-1886) pudo avanzar con agresividad en su proyecto modernizador y hacer posible la modificación histórica que sufrió la sociedad argentina en la década de los ochenta, a tal punto que hoy resulta difícil no estar de acuerdo con Jitrik cuando la considera uno de los períodos formativos más importantes de la historia argentina: “[el 80] representa la formalización de los caracteres nacionales actuales, el nacimiento de la Argentina moderna y la aparición de los factores económicos, políticos y culturales sobre cuyo desarrollo y avatares la Argentina moderna reposa” (17).

Completando la imagen de país agroexportador, Buenos Aires tuvo un rol central en la sacralización del mito progresista emergente durante el roquismo. Después de inaugurado el puerto y finalizados los acuerdos para su capitalización, la “gran aldea” creció de manera monstruosa liderando simbólicamente el período organizativo que impondrá el perfil moderno a la nación argentina. El entonces intendente Torcuato de Alvear, responsable de la transformación de la “ciudad liberal” sobre la que se funda el mito-Buenos Aires, impulsó cambios notables en su fisonomía arquitectónica y urbana: durante este período, se tendieron servicios de alumbrado a gas, se llevaron a cabo extensas obras sanitarias que modernizaron el sistema de drenado, se construyó la mayoría de los edificios públicos que borrarán sintomáticamente cualquier rastro del pasado colonial, se trazó la espectacular Avenida de Mayo y la actual 9 de Julio con el fin de desdibujar la estructura en damero heredada de la colonia, y se modernizaron las plazas públicas y la red de transportes con el tendido de teléfonos y tranvías; obras todas con las que se buscó no sólo “europeizar” la arquitectura urbana de Buenos Aires sino también mejorar las redes de comunicación para facilitar los crecientes flujos comerciales y humanos.

Coincidiendo con esta etapa de cambios acelerados, emerge en Argentina un grupo de intelectuales —la llamada generación del 80— que compartió ideas más o menos comunes, y aspiró a sentar las bases organizativas de la nación mientras renovaba su producción literaria. Al abrigo de la fe en el progreso impulsado por Roca —el lema de su primer gobierno fue precisamente “paz y administración”—, tomaron parte activa en el proyecto modernizador que buscó conscientemente encaminar la precaria pero ambiciosa democracia representativa por la senda del “orden,” del “progreso” y del “crecimiento económico.” (“Los hombres del 80 —escribió Noé Jitrik— asisten deslumbrados a los primeros pasos de las instituciones ... son, por lo tanto, codificadores, ordenadores, sienten la ley como una elevada categoría del genio creador del hombre” [102-02]). El clima creado por estas nuevas ideas afectó también la esfera cultural: a partir de una fuerte voluntad liberal y secularizadora, se impulsó la educación laica, gratuita y obligatoria, se creó el Registro Civil (1884), el individualismo se impuso al

estatismo conservador y la élite ochentista consolidó poco a poco las bases de un país real inspirada en la ciencia positiva y en el refinamiento europeo. “De la Europa nos vienen la vida intelectual y la vida material. Ella y sólo ella puebla nuestros desiertos, compra y consume nuestros productos... nos presta dinero, su genio y su ciencia, es en una palabra, el artífice de nuestro progreso” sentenció Miguel Cané en su libro *En viaje*.<sup>1</sup>

### LA GENERACIÓN DEL 80

Nacidos en los últimos años del gobierno rosista (muchos de ellos, de padres exiliados), los hombres del 80 participaron activamente en la vida política, desempeñando cargos públicos y elaborando simultáneamente una literatura elitista, conversacional, ligera, fragmentaria. “Somos —escribió otra vez Cané— republicanos en la vida pública y aristócratas en la vida social.” La conciencia de poseer semejante capital cultural, monopolio de ese “nosotros” presente no sólo en Cané sino en todos los miembros de la élite, pareció exhibirse sin demasiada sutileza en los tonos irónicos, en el humor y en las distintas formas de la agudeza porteña a la que recurrieron con prodigalidad en la producción literaria. Los libros y las ideas que llegaban del viejo mundo constituían el tema de conversaciones o charlas que invariablemente tuvieron como marco social el Club del Progreso,<sup>2</sup> el teatro Colón o el Jockey Club. Se debatían allí las distintas tendencias, principalmente las francesas, y junto a la influencia reconocida de Lamartine, Hugo o Musset se siguió ávidamente a Taine, Flaubert y Zola aunque estas fidelidades nunca fueron excluyentes sino más bien adhirieron a una especie de sincretismo que ponía de manifiesto las marcas típicas de los espíritus eclécticos.

Este diletantismo llegó a gravitar de tal modo en el grupo de progresistas porteños que devino estilo de vida: el dandismo, la ostentación de la cultura exterior, la adopción de formas afrancesadas en el actuar y en el hablar constituyeron la expresión de lo que la época valoraba como culto. Se europeizaba por snobismo, se imitaba sin profundidad y estas condiciones resul-

- 
- 1 García y Panesi hablan acertadamente de una identificación entre el Estado liberal y la generación del 80: “A este grupo que tenía en sus manos el Estado, y que en cierta forma se confundía con él, suele llamárselo, precisamente, “la élite.” A.J. Pérez Amuchástegui en su libro *Mentalidades argentinas* prefiere denominar a esta clase social “oligarquía paternalista,” y da como rasgo distintivo de ella la “farolería,” es decir, una ostentación ceremoniosa inesencial y fatua, junto con cierta pose cultural que mimetiza la gran cultura europea sin asimilarla” (20).
  - 2 Fundado en 1852 en la esquina de las calles Perú y Victoria, el Club del Progreso fue el más antiguo centro social de Buenos Aires. Eugenio Cambaceres que llegó a ser su vicepresidente en 1873, afirmó que allí se reunía “un conjunto vinculado por felices afinidades” (*Sin rumbo*). Entre sus asistentes figuraban los nombres de Lucio V. López, Miguel Cané, Roque Sáenz Peña, Wilde, Pellegrini, Ramos Mejía, “hombres brillantes —añade Blasi— críticos, ingeniosos, de gusto, que oponían su escepticismo mundano, su sonrisa, a la romántica fogsidad del sentir de la generación de Caseros, que los precedió en el tiempo” (24).

taron en una producción desarraigada de la realidad, lo que constituyó sin duda una de las contradicciones más visibles de la época. La pulsión modernizadora de la élite dirigente alentaba asimismo un cambio simultáneo en los intereses y costumbres semicolonias de los habitantes de Buenos Aires. De población rural y mentalidad aldeana, Buenos Aires se vió convertida rápidamente en la ciudad cosmopolita de 1880 pero a pesar de haber adquirido un aspecto urbano ostentosamente moderno, seguían aún latiendo las formas esenciales de una época pasada aunque viva en la cotidianidad de una población poco propensa a incorporar cambios radicales.

Rechazando el sencillismo telúrico y patriarcal característico de la generación de los mayores, los hombres del 80 prefirieron formular su propia mitología en base a un sentido de urbanidad casi aristocrático. El *dandy* porteño, ese tipo estético y social característico del 80, esa nueva forma de aristocracia que aparece, según Baudelaire, en épocas de transición política, desplegó una cultura gestual y vestimentaria específica cuyos efectos de reproducción social permiten asegurar que su estilo codificado funcionó como un modelo de comportamiento colectivo. Y junto a la ostentación y la excentricidad, no olvidaron exhibir tampoco las marcas de origen ni el prestigio derivado de la vida pública o de los méritos militares e intelectuales. Sin duda, la generación del 80 —o los escritores-*gentlemen* como los llamó David Viñas (1971, 1982)— supieron asociar el sentimiento de orgullo y autovaloración al sentimiento de eficacia y omnipotencia política. Y lo supieron hacer porque pertenecieron a la primera generación argentina de dirigentes vencedores que tuvieron conciencia de serlo. Decididamente el discurso egotista que practicaron (ese discurso del yo que se vuelve permanente —y aún ejemplarmente— sobre sí mismo), así parece confirmarlo. Fueron, sin exagerar, hombres literalmente espectaculares.

Pero este es el lado gozoso, triunfalista, de la generación. Hay, sin embargo, otro aspecto más paranoico vinculado con el efecto discordante que tuvo la inmigración en el discurso de la clase dirigente.<sup>3</sup>

#### LA CUESTIÓN INMIGRATORIA

En 1889, de los 500,000 habitantes de Buenos Aires, aproximadamente 300,000 eran inmigrantes, y se calcula que durante la última mitad del siglo XIX la población del país se cuatriplicó en sólo 45 años (Maeder 555). Núcleo duro del discurso liberal argentino, la cuestión inmigratoria fue impulsada por la élite intelectual (desde Rivadavia a Alberdi, pasando por

---

3 Nouzeilles habla de la emergencia en esta época de un “sistema discursivo paranoico dirigido contra los inmigrantes en el que se combinan las teorías de la herencia y la degeneración progresiva de la raza que dan forma al argumento eugenésico, con la búsqueda obsesiva de síntomas con los cuales detectar la fuente del mal social” (107).

Sarmiento, Avellaneda, Roca y Juárez Celman) como fórmula recurrente para hacer frente a la escasez de mano de obra en un país inmenso y despoblado. Después del derrocamiento de Rosas, la dirigencia hizo suyo el lema de Alberdi “gobernar es poblar” al grado de dejarlo reflejado en la Constitución Nacional de 1853 que no sólo alienta la colonización de Europa sino también otorga al inmigrante derechos de plena ciudadanía argentina. De este modo, las esperanzas cifradas en el aporte inmigratorio parecieron no tener límites como tampoco pareció tener límite el costado racista que emergió como valor agregado al utopismo alberdiano. En carta a Victoriano Lastarria, Sarmiento calculaba, por ejemplo, que en tres años se podrían recibir 300,000 nuevos colonos y con esto “ahogar en las olas de la industria a la chusma criolla, inepta, incivilizada y tosca que detenía el intento de civilizar la nación” (cit. en Luna 116). Ya en los años ‘70 el rol del estado en la regulación de los flujos inmigratorios había adquirido un perfil definido: el gobierno de Avellaneda estimuló la llegada de inmigrantes mediante agencias de propaganda instaladas en distintas sedes europeas, se construyó el Hotel de Inmigrantes en Buenos Aires y luego se creó la oficina de Trabajo para localizar empleos y distribuirlos entre los recién llegados (Maeder 565).<sup>4</sup> Pero a pesar de estos esfuerzos y de los planes del gobierno de incorporar las sucesivas olas inmigratorias al circuito agropecuario, la mayoría de los inmigrantes no tuvo acceso a las tierras prometidas y terminó radicándose en Buenos Aires, contribuyendo con el tiempo a consolidar la extensa base de la clase media y el proletariado urbanos. Hacia fines de siglo, la incorporación de las distintas oleadas inmigratorias no sólo había conmocionado la base social del país, sino también había provocado la variación de la estructura clasista argentina en un lapso relativamente mínimo de años.<sup>5</sup> Los efectos no deseados que acompañaron el ingreso masivo de inmigrantes produjeron acciones y reajustes inmediatos en el aparato político dominante. Acciones y reajustes que sirvieron, por un lado, para precisar los límites de la omnipotencia y prodigalidad del liberalismo, y para exhibir, por otro, las contradicciones ideológicas del discurso oficial argentino. En este sentido, los tópicos seudocientíficos tomados en préstamo al positivismo spenceriano sirvieron “providencialmente” para legitimar, cuando no para reforzar, la vigencia de los postulados discursivos de la oligarquía esclerosada en el poder. El oficialismo entonces, además de condescender a guardar las formas superficiales del principismo liberal, se volvió xenófobo y racista,

---

4 La política de estímulo oficial alcanzó su máxima expresión entre 1887 y 1891 cuando el estado llegó a financiar el anticipo de pasajes. Acaso la publicación de *En la sangre* tenga no poco que ver con los extremos de liberalidad que alcanzó el juarismo en el tema inmigración. La crisis de 1890 marcó el fin del intervencionismo estatal en cuanto a inmigración. A partir de entonces, el gobierno solo se limitó a encauzar la inmigración espontánea.

5 García y Panesi afirman que “en 1887 un alto número de pequeños comercios e industrias se hallaban en manos de esta nueva burguesía formada por inmigrantes, lo que prueba el alto grado de movilidad social que alcanzó la nueva clase. El texto de Cambaceres reproduce en la familia de Genaro este proceso: su padre, de trabajador ambulante y habitante de conventillo, pasa a alquilar una casa donde instala un negocio; a su muerte, su mujer y su hijo disponen de cierta cantidad de dinero que les permite comprar títulos públicos, una casa y pagar la educación de Genaro” (22).

## OBRAS CITADAS

- Argerich, Antonio. *Inocentes o culpables*. Buenos Aires: Imprenta de Courier de la Plata, 1884.
- Apter Cragnolino, Aída. "Ortodoxia naturalista, inmigración y racismo en *En la sangre* de Eugenio Cambaceres." *Cuadernos Americanos* 3.14 (1989): 46-55.
- Baudrillard, Jean. *Simulacres et simulation*. Paris: Galilée, 1981.
- Blasi, Alberto. *Los fundadores (Cambaceres, Martel, Sicardi)*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, 1962.
- Botana, Natalio. *El orden conservador (La política argentina entre 1880 y 1916)*. Buenos Aires: Sudamericana, 1977.
- Cambaceres, Eugenio. *Obras completas*. Santa Fe; Editorial Castelví, 1956.
- Cané, Miguel. *De cepa criolla*. Buenos Aires: Casa Vacaro, s.f.
- Cymerman, Claude. *Eugenio Cambaceres por él mismo*. Buenos Aires: Instituto de Literatura Argentina, 1971.
- Ferrari, Gustavo y Ezequiel Gallo (eds.). *La Argentina del ochenta al centenario*. Buenos Aires: Sudamericana, 1980.
- Foster, David William. *The Argentine Generation of 1880: Ideology and Cultural Texts*. Columbia, Missouri: U of Missouri P, 1990.
- Frugoni de Fritzsche, Teresita. Resúmenes históricos, biográficos y literarios; notas explicativas; bibliografía; juicios sobre el autor y sus obras, y temas de estudio. *Sin rumbo* de Eugenio Cambaceres. Buenos Aires: Plus Ultra, 1980.
- García, Susana y Jorge Panesi. "Introducción, notas y propuestas de trabajo." *En la sangre* de Eugenio Cambaceres. Buenos Aires: Ediciones Colihue, 1980.

- García Merou, Martín. *Libros y autores*. Buenos Aires: Lajouane, 1886.
- Hauser, Arnold. *Historia social de la literatura y el arte*. Barcelona: Labor, 1982.
- Jitrik, Noé. *Ensayos y estudios de la literatura argentina*. Buenos Aires: Galerna, 1970.
- . *La memoria compartida*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1980.
- . *El mundo del 80*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1982.
- Ludmer, Josefina. *El cuerpo del delito. Un manual*. Buenos Aires: Perfil, 1999.
- Luna, Félix. *La cultura desde la Independencia hasta el Centenario*. Buenos Aires: Planeta, 1998.
- Maeder, Ernesto J.A. "Población e inmigración en la Argentina." *La Argentina del ochenta al centenario*. Eds. Ferrari, Gustavo y Ezequiel Gallo. Buenos Aires: Sudamericana, 1980. 555-73.
- Nouzeilles, María Gabriela. *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y poéticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2000.
- Onega, Gladys. *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 1965.
- Prieto, Adolfo. "La generación del 80: las ideas y el ensayo." *Capítulo 19*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1967.
- . "La generación del 80: La imaginación." *Capítulo 20*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1967.
- Ramírez, Oscar M. "Oligarquía y novela folletín: *En la sangre* de Eugenio Cambaceres." *Ideologies and Literature* 4 (1979): 249-69.
- Schlickers, Sabine. *El lado oscuro de la modernización. Estudios sobre la novela naturalista hispanoamericana*. Frankfurt: Vervuert Verlag, 2003.
- Spicer-Escalante, J.P. "Civilización y barbarie: Naturalism's Paradigms of Self and Nationhood in Eugenio Cambaceres' *Sin rumbo* (1885)." *Excavatio* 13 (2000): 299-309.
- Viñas, David. *De Sarmiento a Cortázar*. Buenos Aires: Siglo Veinte, 1971.
- . *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1982.

## - I -

**D**e cabeza grande, de facciones chatas, ganchuda la nariz, saliente el labio inferior, en la expresión aviesa de sus ojos chicos y sumidos, una rapacidad de buitre se acusaba.

Llevaba un traje raído de pana<sup>1</sup> gris, un sombrero redondo de alas anchas, un aro de oro en la oreja;<sup>2</sup> la doble suela claveteada de sus zapatos marcaba el ritmo de su andar pesado y trabajoso sobre las piedras desiguales de la calle.

De vez en cuando, lentamente paseaba la mirada en torno suyo, daba un golpe —uno solo— al llamador de alguna puerta y, encorvado bajo el peso de la carga que soportaban sus hombros: «tachero»... gritaba con voz gangosa,<sup>3</sup> «¿componi calderi, tachi, signora?»<sup>4</sup>

Un momento, alargando el cuello, hundía la vista en el zaguán. Continuaba luego su camino entre ruidos de latón y fierro viejo. Había en su paso una resignación de buey.

Alguna mulata zarrapastrosa,<sup>5</sup> desgredada,<sup>6</sup> solía asomar; lo chistaba,<sup>7</sup> regateaba,<sup>8</sup> porfiaba, «alegaba», acababa por ajustarse con él.

Poco a poco, en su lucha tenaz y paciente por vivir, llegó así hasta el extremo Sud de la ciudad penetró a una casa de la calle San Juan entre Bolívar y Defensa.

Dos hileras de cuartos de pared de tabla y techo de cinc, semejantes a los nichos de algún inmenso palomar, bordeaban el patio angosto y largo.

Acá y allá entre las basuras del suelo, inmundo, ardía el fuego de un brasero,

---

1 *Pana*: tela gruesa semejante al terciopelo.

2 *Aro de oro en la oreja*: se trata de una costumbre que identifica al personaje como napolitano.

3 *Gangosa*: que habla con resonancias nasales.

4 *¿componi calderi...?*: cocoliche, lenguaje literario que representa el habla de los inmigrantes italianos.

5 *Zarrapastrosa*: forma corriente en Argentina *zaparrastrosa*: sucia, desaliñada, andrajosa.

6 *Desgredada*: despeinada.

7 *Chistar*: llamaba con un ¡chis!

8 *Regatear*: discutir entre vendedor y comprador el precio de algo.

humeaba una olla, chirriaba la grasa de una sartén, mientras bajo el ambiente abrasador de un sol de enero, numerosos grupos de vecinos se formaban, alegres, chacotones<sup>9</sup> los hombres, las mujeres azoradas, cuchicheando.<sup>10</sup>

Algo insólito, anormal, parecía alterar la calma, la tranquila animalidad de aquel humano hacinamiento.

Sin reparar en los otros, sin hacer alto en nada por su parte, el italiano cabizbajo se dirigía hacia el fondo, cuando una voz interpeándolo:

—Va a encontrarse con novedades en su casa, don Esteban.

—¿Cosa dice?

—Su esposa está algo indispuesta.

Limitándose a alzarse de hombros él, con toda calma siguió andando, caminó hasta dar con la hoja entornada de una puerta, la penúltima a la izquierda.

Un grito salió, se oyó, repercutió seguido de otros atroces, desgarradores al abrirla.

—¿Sta enferma vos? —hizo el tachero avanzando hacia la única cama de la pieza, donde una mujer gemía arqueada de dolor:

—¡Madonna, Madonna Santa...! —atinaba tan sólo a repetir ella, mientras gruesa, madura, majestuosa, un velo negro de encaje en la cabeza, un prendedor enorme en el cuello y aros y cadena y anillos de *doublé*,<sup>11</sup> muchos en los dedos, hallábase de pie junto al catre la partera.

Se había inclinado, se había arremangado un brazo, el derecho, hasta el codo; manteníalo introducido entre las sábanas; como quien reza letanías, prodigaba palabras de consuelo a la paciente, maternalmente la exhortaba: «¡Coraque Duña maría, ya viene lanquelito, é lúrtimo... coraque!...»

Mudo y como ajeno al cuadro que presenciaban sus ojos, dejose estar el hombre, inmóvil un instante.

Luego, arrugando el entrecejo y barbotando<sup>12</sup> una blasfemia,<sup>13</sup> volvió la espalda, echó mano de una caja de herramientas, alzó un banco y, sentado junto a la puerta, afuera, púsose a trabajar tranquilamente, dió comienzo a cambiar el fondo roto de un balde.

Sofocados por el choque incesante del martillo, los ayes de la parturienta se sucedían, sin embargo, más frecuentes, más terribles cada vez.

Como un eco perdido, alcanzábase a percibir la voz de la partera infundiéndole valor:

E lúrtimo... coraque!...

La animación crecía en los grupos de inquilinos; las mujeres, alborotadas, se indignaban; entre ternos<sup>14</sup> y groseras risotadas, estallaban los comentarios soeces<sup>15</sup> de los hombres.

El tachero entretanto, imperturbable, seguía golpeando.

9 *Chacotones*: argentinismo, alegres.

10 *Cuchicheando*: hablando en voz baja.

11 *Doublé*: galicismo, enchapado en oro o plata, de poco valor.

12 *Barbotando*: mascullando.

13 *Blasfemia*: injuria o irreverencia contra Dios.

14 *Ternos*: juramentos.

15 *Soeces*: ofensivos, groseros.

## - II -

**A** sí nació, llamáronle Genaro y haraposo y raquítrico, con la marca de la anemia en el semblante, con esa palidez amarillenta de las criaturas mal comidas, creció hasta cumplir cinco años.

De par en par abrióle el padre las puertas un buen día. Había llegado el momento de serle cobrada con réditos su crianza, el pecho escrofuloso<sup>16</sup> de su madre, su ración en el bodrio<sup>17</sup> cotidiano.

Y empezó entonces para Genaro la vida andariega del pilluelo, la existencia errante, sin freno ni control, del muchacho callejero, avezado, hecho desde chico a toda la perversión baja y brutal del medio en que se educa.

Eran, al amanecer, las idas a los mercados, las largas estadías en las esquinas, las changas,<sup>18</sup> la canasta llevada a domicilio, la estrecha intimidad con los puesteros, el peso de fruta o de *fatura*<sup>19</sup> ganado en el encierro de la trastienda.

El zaguán, más tarde, los patios de las imprentas, el vicio fomentado, prohijado por el ocio, el cigarro, el hoyo,<sup>20</sup> la rayuela y los montones de cobre, el naípe roñoso, el truco en los rincones.

Era, en las afueras de los teatros, de noche, el comercio de contra-señas<sup>21</sup> y de puchos.<sup>22</sup> Toda una cuadrilla organizada, disciplinada, estacionaba a las puertas del Colón,<sup>23</sup> con sus leyes, sus reglas, su jefe; un mulatillo de trece

---

16 *Escrofuloso*: que sufre tuberculosis en los ganglios linfáticos.

17 *Bodrio*: comida hecha de sobras, guiso pobre .

18 *Changas*: trabajo de poca importancia, sin continuidad, con el que se gana poco dinero.

19 *Fatura* por factura: resultado de faenar o hacer factura al animal.

20 *El hojo*: juego infantil que consiste en tirar bolitas o monedas tratando de meterlas en un agujero.

21 *Contra-señas*: tarjetas que se entregan en los teatros durante los entreactos.

22 *Puchos*: lunfardo, colillas del cigarro.

23 *Colón*: teatro ubicado en Rivadavia y Reconquista. En 1856 el ingeniero Pellegrini construyó el Colón sobre las ruinas del antiguo "Coliseo de Buenos Aires." En 1887 una ley del Congreso expropió el edificio y lo convirtió en la sede del Banco Nacional. El actual teatro Colón se inauguró en 1908.

años, reflexivo y maduro como un hombre, cínico y depravado como un viejo.

Bravo y leal, por otra parte, dispuesto siempre a ser el primero en afrontar el peligro, a dar la cara por uno de los suyos, a no cejar ni aun ante el machete del agente policial, el pardo<sup>24</sup> Andinas ejercía sobre los otros toda la omnipotente influencia de un caudillo, todo el dominio absoluto y ciego de un amo.

Tarde en las noches de función, llegado el último entreacto, a una palabra de orden del jefe, dispersábase la banda, abandonaba el vestíbulo desierto del teatro, por grupos replegada a sus guaridas: las toscas del bajo,<sup>25</sup> los bancos del «Paseo de Julio»,<sup>26</sup> las paredes solitarias de algún edificio en construcción, donde celebraba sus juntas misteriosas.

Bajo el tutelaje patriarcal de Andinas, allí, en ronda todos, cruzados de piernas, operábase el reparto de las ganancias, la distribución del lucro diario: su cuota, su porción a cada cual según su edad y su importancia, el valor de los servicios prestados a la pandilla.

Las «comilonas», los «convites», a la luz apagadiza de un cabo de vela de sebo venían luego, el rollo de salchichón, la libra de pasas, la de nueces, el frasco de caña, la cena pagada a escote,<sup>27</sup> robada acaso, *soliviada*<sup>28</sup> del mostrador de un almacén en horas aciagas de escasez.

Como murciélagos que ganan el refugio de sus nichos, a dormir, a jugar, antes que acabara el sueño por rendirlos, tirábanse en fin acá y allá, por los rincones. Jugaban a los hombres y las mujeres; hacían de ellos los más grandes, de ellas los más pequeños, y, como en un manto de vergüenza, envueltos entre tinieblas, contagiados por el veneno del vicio hasta lo íntimo del alma, de a dos por el suelo, revolcándose se ensayaban en imitar el ejemplo de sus padres, parodiaban las escenas de los cuartos redondos de conventillo con todos los secretos refinamientos de una precoz y ya profunda corrupción.

---

24 *Pardo*: mulato.

25 *Toscas*: piedra caliza porosa que suele encontrarse en las orillas de ríos y lagunas.

26 *Paseo de Julio*: actual Avenida Leandro N. Alem.

27 *A escote*: pagar un gasto en partes proporcionales.

28 *Soliviada*: hurtada en un momento de descuido.

### – III –

La situación entretanto mejoraba en la calle de San Juan. Consagrado sin cesar, noche y día, a su mezquino tráfico ambulante, con el inquebrantable tesón de la idea fija, continuaba arrastrando el padre una existencia de privaciones y miserias.

Lavaba la madre, débil y enferma, de sol a sol, no obstante pasaba sus días en el bajo de la Residencia.<sup>29</sup>

Genaro por su parte, bajo pena de arrostrar<sup>30</sup> las iras formidables del primero, solía entregarle el fruto de sus correrías, de vez en cuando llevaba él también su pequeño contingente destinado a aumentar el caudal de la familia.

Arrojado a tierra desde la cubierta del vapor sin otro capital que su codicia y sus dos brazos, y ahorrando así sobre el techo, el vestido, el alimento, viviendo apenas para no morir de hambre, como esos perros sin dueño que merodean de puerta en puerta en las basuras de las casas, llegó el tachero a redondear una corta cantidad.

Iba a poder con ella realizar el sueño que de tiempo atrás acariciaba: abrir casa, establecerse, tener una clientela, contar con un número fijo de *marchantes*,<sup>31</sup> la ganancia de ese modo debía crecer, centuplicar, era seguro... ¡Oh! ¡sería rico él, lo sería!

Y deslumbrado por la perspectiva mágica del oro, hacíase la ilusión de verse ya en el Banco mes a mes, yendo a cambiar el rollo de billetes que llevara fajado en la cintura por la codiciada libreta de depósito.

Uno a uno recorrió los barrios del Sud de la ciudad,<sup>32</sup> observó, pensó, estudió, buscó un punto conveniente, alejado de toda adversa concurrencia; re-

---

29 *El bajo de la Residencia*: zona de Barracas que limita con el río donde se agrupaban las lavanderas.

30 *Arrostrar*: enfrentar.

31 *Marchantes*: andalucismo, clientes.

32 *Barrios del Sud*: después de la epidemia de fiebre amarilla que se desencadenó durante la presidencia de Sarmiento (1871), las familias con recursos se mudaron al Norte y la zona Sur quedó habitada por sectores urbanos pobres a los que luego se sumaron muchos contingentes de inmigrantes.

solvióse finalmente, después de largos meses de labor y de paciencia, a alquilar un casucho que formaba esquina en las calles de Europa<sup>33</sup> y Buen Orden<sup>34</sup> el que, previa una adecuada instalación, fue bautizado por él en letras verdes y rojas, sobre fondo blanco, con el pomposo nombre de GRAN HOJALATERÍA DEL VESUBIO.

No debían salirle errados sus cálculos, parecía la suerte complacerse en ayudarlo, y, a favor del incremento cada día mayor que adquiriera la población hacia esos lados, consiguió el napolitano acumular, andando el tiempo, beneficios relativamente enormes.

Fiel a la línea de conducta que se había trazado, no alteró por eso en lo mínimo su régimen de vida. La misma estrechez, la misma sórdida avaricia reinaba en el manejo de la casa. Las sevicias,<sup>35</sup> los golpes, los azotes a su hijo siempre que tenía éste la desgracia de volver con los bolsillos vacíos; los insultos, los tratamientos brutales en la persona de su mujer, condenada a sobrellevar el peso de tareas que su salud vacilante le hacía inepta a resistir.

Y eran, en presencia de alguna tímida y humilde reflexión, de alguna sombra de contrariedad o resistencia, los torpes y groseros estallidos, los juramentos soeces, las blasfemias, semejantes al gato que se encrespa y manotea al solo amago de verse arrebatada la presa que tiene entre las uñas.

Ella, sin embargo, mansamente resignada en todo lo que a su propia suerte se refería, luchaba, se rebelaba tratándose de su hijo; con esa clara intuición que comunican los secretos instintos del amor materno, día a día encaecía la necesidad de un cambio en la vida de Genaro, solicitaba, reclamaba del padre que el niño se educara, que fuese enviado a una escuela.

¿Qué iba a ser de él, qué porvenir la suerte le deparaba, abandonado así a su solo arbitrio<sup>36</sup>?

Pero la escuela costaba, era indispensable entrar en gastos, comprar ropa, libros. Luego, yendo a la escuela, perdería el muchacho su tiempo, dejaría de hacer su día, de ganar su pan y todo ¿con qué miras, a objeto de qué?... ¿de saber leer y escribir?

«¡Bah!...», refunfuñaba con una mueca de desprecio el napolitano, nadie le había enseñado esas cosas a él... ¡ni maldita la falta que le habían hecho jamás!...

Nada, nada, que siguiera así, como iba, como hasta entonces, buscándose la vida, changando y vendiendo diarios, algo era algo...

Después, en todo caso, siendo grande, más grande ya, vería, lo conchabaría,<sup>37</sup> lo haría entrar de aprendiz de algún oficio...

Resuelta por su parte a no ceder, obstinada ella también y segura de la obediencia de Genaro, cuya complicidad, a fuerza de caricias, de halagos y promesas, había sabido conquistarse, imaginó la madre ejecutar su plan ocultamente. Ella, ella sola, sin el auxilio de nadie...

33 *Calle de Europa*: actual calle Carlos Calvo.

34 *Calle del Buen Orden*: actual calle Bernardo de Irigoyen.

35 *Servicias*: maltratos, abusos.

36 *Arbitrio*: poder de decisión.

37 *Conchabar*: amér., asalariar, contratar a alguno para un servicio de orden inferior, generalmente doméstico.

Y, a trueque de acelerar los progresos del mal que lentamente la consumía, atareada, recargada de trabajo más aún, pudo reunir al fin una pequeña suma, subvenir a los primeros gastos, comprar traje, sombrero, botines para su hijo.

Lo haría salir vestido, sin que lo viese el padre, de noche, por el zaguán. Había una escuela a la vuelta: allí lo pondría al muchacho.